COBALTO

EL aire de los motores alzó un poco el ala delantera de un sombrero que tenía puesto un americano sentado en la terraza que dominaba el aeropuerto. También movió el borde de alguna falda y los mantelillos que cubrían las mesas. Pero el repetido fenómeno no conmovió a nadie. Sólo a una moscarda que se vió derribada entre las botellas de coca-cola y las naranjadas que el sol en su despedida galardonaba con tonos de jugos naturales.

El avión partió y otro vino a ocupar su lugar. Una delegación de españoles se dirigió a él. El grupo ascendía con cierto aspecto de tropel, con tímido apresuramiento algunos, como de hacerlo por primera vez; otros con la naturalidad de lo cotidiano, y hasta algún otro con la alegría ingenua de quien entra en una barraca de verbena.

La moscarda se repuso. Volvía a engañarse con los tonos de color de los vestidos, las uñas de las mujeres, los falsos colorines de las bebidas. Tropezaba tontamente con el vidrio de los vasos, se deslumbraba en la talla de las botellas de espumoso, se engolosinaba con migas dulzonas, se emborrachaba de luz.

Quería buscar la sombra. La apartaban manos, movimientos sobre o en torno a la mesa. Decidió alejarse. Correr por la estepa de sus millares de antepasados. A soportar todo el sol de Castilla hasta dejarse caer a la sombra de un guijarro o una espiguita. Topó con algo que no se veía y la impedía pasar. Una pared gris azulado. Y nuevas superficies de luz con las que se tropezaba. Hasta que un hueco la absorbió con su aire en sombra.

SE dejó arrastrar dentro. Se arrinconó en la curva esquina de una ventanilla. Se amodorró. Dejó correr el tiempo. Alguna vez inició movimientos y se arrepintió. Trataron de asestarle golpes con un periódico doblado. Encontró otro ángulo donde permanecer inmóvil. Era peligroso moverse. Ni siquiera oía su propio zumbido. Era mejor permanecer quieta.

La delegación bajó del avión. La moscarda salió con ellos. Estuvo

un tiempo en su ángulo olvidado y luego encontró un lugar tranquilo en el homoplato de uno de los viajeros. Le acompañó hasta el hotel. Durmió en el espejo del cuarto del baño. Al otro día le siguió. Encontró cómodo ir en el hueco que dejaba la cartera que llevaba en la mano entre la tapa y el alto de algunos papeles.

LA delegación se dividió en grupos. Uno de ellos llegó a un edificio de bella y escueta arquitectura. Lo custodiaban soldados alerta como rodeados de un enemigo invisible que pudiera atacar de un momento a otro. Dentro, todavía volvieron a subdividirse los visitantes. Tres de ellos se recubrieron con claras vestiduras entre flexibles y rígidas. La moscarda abandonó la cartera. Se situó trás el colgante cinturón trasero de una de las batas, sigilosa, como si supiese que estaba burlando la vigilancia de centinelas, sabios y cazadores de espías.

Cruzaron habitaciones blanquísimas. Los visitantes se inclinaban sobre pequeños tubos negros, turnándose para mirar. Atisbaban por ventanas redondas, como de barco. Al fin pasaron a un jardín. Maravilloso jardín. El sueño de una, de varias, de todas las generaciones de moscardas.

El lugar tenía frescura sin ser sombrío. El verde de las hojas era denso, húmedo. Los peciolos, más claros sostenían, carnosos y firmes, las superficies brillantes que se tendían a una luz igual y un aire vigorizante. Un aire sin corrientes molestas. Una luz siempre igual, como la de un cristal de tres dimensiones por cuyo interior se pudiese volar.

La delegación, en su traje antiséptico, oía unas explicaciones. Del centro de lo que parecía un surtidor surgía un eje brillante, con un engruesado cilindro en la punta, que giró varias veces, como un periscopio. Las explicaciones seguían... "Cobalto..., radiaciones..., cuatro veces al día..., mutaciones..."

LA delegación abandonó el jardín encantado. La moscarda ya no estaba con ellos. Continuaba en el mágico parque. Sentía, mayor que nunca, la tentación a sumirse en aquel todo cautivante. Buscó el envés de una hoja. Fué poniendo huevecillos en ella y quedó pegada, insomne y dormida al mismo tiempo. Pronto su escasa sustancia abandonaría la más intemporal estructura externa.

EL brillante cilindro siguió funcionando varias veces al día. Su invisible radiación caía sobre las plantas, que transformaban el color de sus flores, rompían la eterna estructura trímera o pentámera de sus frutos, perdían las hojas o las engrosaban monstruosamente. Algunas veces penetraban hombres y recogían ejemplares o tomaban notas. Uno de ellos fué el primero que hizo la observación: un insecto caído junto al tallo de una de las plantas. Miró a la cubierta plástica que cerraba el jardín.

Recogió con cuidado el bichejo en un tubo transparente. Era un extraño díptero, con una cabeza descomunal en que la red de ojos había crecido extrañamente. Luego descubrieron más ejemplares torpones al pie de las plantas, aunque hubo uno que trató de emprender el vuelo.

TODOS fueron a reunirse en la misma vitrina. Todas pasaron también a ser una descripción minuciosa en una cartulina con su fotografía de frente y de perfil. Los hombres aquellos discutieron muchas horas inclinados sobre ellas. Se oyeron algunas palabras: "...cobalto, radiaciones..., mutación..., fauna exótica..., generación espontánea..."

EN tanto, la moscarda progenitora no era más que unos fragmentos arrugados de cubierta quitinosa, disimulados entre la tierra oscura del jardín.



JORGE CAMPOS